

Convirtiéndose en Eliza Doolittle

Una descripción antropológica del modelaje

*Bárbara Guerschman**

Introducción

Imaginémonos, en primera instancia, un actor social y un entorno que generen al mismo tiempo fascinación y rechazo. Pensemos ahora en la modelo y en el modelaje como ese actor y ese entorno. Preguntémonos porque producen semejantes reacciones. En lo que respecta a la cuestión de la fascinación, podemos pensar en varias respuestas posibles comenzando por señalar el hecho de que la modelo es una celebridad. Como tal, aparenta llevar una vida de éxito, glamour, éxito económico asegurado y viajes permanentes. Al igual que ocurre con el fútbol y con otras profesiones, ser modelo supone, a primera vista, la posibilidad de un ascenso social inmediato y asegurado. Resulta necesario considerar asimismo su misma condición de celebridad. Tal como señaló Edgar Morin, las celebridades tienen una doble naturaleza: humana y sobrehumana. Constituyen, dentro de nuestra civilización, héroes y modelos a seguir, cuya substancia divina incita a la adoración colectiva encarnando una libertad que los simples mortales no pueden alcanzar. Como simple mortal, la modelo es uno de nosotros. Como celebridad la modelo nos trasciende siendo objeto de nuestra adoración por haber obtenido “logros” vedados a otros. Ligada a la fascinación se encuentra el inmediato rechazo que genera en virtud de su supuesta atávica estupidez y superficialidad. Otro motivo para el rechazo es la asociación que ocasionalmente se establece entre la modelo y la idea de prostitución: la exposición corporal de la modelo y la prostituta resulta para algunos bastante similar y el ascenso en el modelaje implica irremediablemente prostituirse.

Fueron estas reacciones contradictorias las que me impulsaron en gran medida a emprender una investigación antropológica acerca del mundo del modelaje. Me interesaba profundamente el hecho de que estas mujeres, a través de su imagen expuesta en diversos medios de comunicación, logran que una considerable cantidad de la población femenina haga lo posible e imposible por adherir a un determinado ideal femenino corporal. Llegué inclusive a “culparlas” de los esfuerzos que hacen las mujeres por parecerse a ellas, llevándolas a situaciones de desórdenes alimentarios tales como la bulimia y la anorexia. En todo caso, me provocaron siempre un enorme interés. Llevar a cabo el trabajo no fue fácil para mí: esa fascinación y ese rechazo me acompañaron a lo largo de todo el proceso de investigación. Describir a los demás – familiares, amigos o futuros colegas– los detalles de lo que sería mi futuro trabajo de graduación, implicaba generar el inevitable comentario: “¿son tontas, no?”. Ese “no”, más que formar parte de una pregunta, suponía una respuesta implícita: la creencia acerca de la “estupidez” de la modelo ya se encuentra instalada y resulta una ardua tarea modificarla.

Me atrevería a plantear que la cualidad de “tontas” que insistentemente se atribuye a estas mujeres obedece a una profunda atracción e, inclusive, a una obsesión colectiva. Cada sociedad atribuye a un “otro” u “otros” determinadas cualidades así como la carencia de estas. En el caso de las modelos, se les es otorgada la belleza, el atractivo físico y –no menos importante– una rotunda estupidez. Podríamos inclusive afirmar que es justamente en función de tal atractivo que se les atribuye dicha estupidez. Si una modelo expresa un pensamiento poco “elevado” intelectualmente provocará –a modo de una profecía auto cumplida– el consabido comentario: “¿vieron?, es tonta, tal como lo preveíamos”. Si una modelo declara haber leído muchos libros o gana algunos puntos respondiendo consignas en un programa televisivo de preguntas y respuestas, la profecía será momentáneamente desafiada. Quedará, no obstante, la sospecha preparada para la próxima modelo, la que no cumpla con los requisitos que habilitan a catalogarla como “no tonta”.

Toda investigación requiere una instancia de recolección de datos. En antropología, dicha instancia se denomina trabajo de campo. Al inicio de mi propio trabajo llevé a cabo entrevistas abiertas no estructuradas a modelos, fotógrafos, personal que trabaja en agencias y/o escuelas de modelos. Posteriormente, a lo largo de la realización de estas entrevistas, comencé a darme cuenta de la dificultad que experimentaban los entrevistados –especialmente modelos– al intentar referirse a modos de movilizar o posicionar su cuerpo. Explicarme nociones relativas a cómo desplazar el cuerpo “bien derecho” a lo largo de una pasarela durante un desfile o mantener una postura “sexy” frente a la lente de un fotógrafo resultaba un asunto arduo para ellas, quienes habían incorporado ese conocimiento práctico corporal a través de la imitación o las

* Licenciada en Antropología por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

instrucciones de los fotógrafos. El problema radicaba en pedirles dar cuenta verbalmente de conceptos que ellas habían aprehendido a través de su cuerpo. Esta dificultad se fue haciendo cada vez más notoria pero aún así me aferraba a la explicación verbal. En una oportunidad, no obstante, requiriendo empecinadamente por parte de una modelo este tipo de explicación, cambié de táctica: le pedí que se levantara de la silla y me enseñara cómo desplazarse “bien derecha” caminando a lo cual accedió gustosamente. Fue entonces cuando decidí que debía adecuarme al tipo de aprendizaje que habían recibido los actores y no seguir tercamente forzando a estos a que se adaptaran a mis criterios. A mi entender, la manera más accesible de acceder a este conocimiento era inscribirme en un curso que las escuelas de modelos imparten regularmente. Puesto que mi objetivo consistía en analizar el proceso por el cual una mujer es “educada” para trabajar como modelo en el mundo del modelaje, una manera posible de dar cuenta de este proceso era concurrir yo misma a un curso en calidad de alumna.

A lo largo de seis meses –que fue lo que duró el curso– asistí a la escuela los días sábados durante dos horas a diferentes tipos de clases: pasarela, fotografía, maquillaje, peinado y “comportamiento social”. En todas estas participaba como una alumna y compañera más, tomando las anotaciones mentalmente. Al llegar a mi casa, elaboraba las observaciones del día, recreando los movimientos que los profesores habían enseñado. Desfilaba por el living de mi casa, me maquillaba como me habían enseñado frente al espejo del baño, posaba frente a una cámara imaginaria. Mi cuerpo se constituyó así en un “anotador” en el cual registraba lo que había acontecido en las clases. Esta manera de llevar a cabo el trabajo de campo por medio de la participación me fascinaba, divertía, agotaba y, en ocasiones, asustaba: implicaba exponerme constantemente en la escuela frente a los demás, no pudiendo resguardarme tras la protección de un anotador y un lápiz. El recurrente impulso a escapar de la participación que regularmente sentía se exacerbó cuando los profesores anunciaron que la escuela organizaría un desfile en vísperas de fin de año. La mera idea de salir a una pasarela me aterrorizó. Haciendo frente a estos temores, decidí no obstante participar: no podía desaprovechar una instancia de investigación como esa. Obtendría una perspectiva de lo que era la realización de un desfile tras bambalinas. No fue tan grave finalmente. Compartí con mis compañeras un día de nerviosismo, excitación y miedo al salir a la pasarela. Fue una jornada de camaradería con otras alumnas que incluyeron frecuentes ensayos de las “pasadas”, prestarnos maquillaje, cepillos para el cabello, charlar de temas variados mientras aguardábamos impacientemente las horas antes de salir a la pasarela, etc. Durante seis meses me puse “en la piel” de una modelo con el fin de llevar a cabo una investigación. Poniéndome ahora nuevamente en esa “piel”, desarrollaré las cuestiones principales que traté a lo largo de la etnografía.

El recorrido

Si el objetivo de alguna de ustedes es ser modelo, lo primero que tienen que tener en cuenta es el hecho de que el mundo del modelaje está decididamente regido por las medidas. Por lo tanto, el primer paso es tomar sus medidas comenzando por la altura. Si esta supera el metro setenta, sus posibilidades de trabajar en el ámbito de los desfiles aumentarán. En el caso de que su altura sea inferior a la medida señalada, estas posibilidades se reducirán significativamente. No se preocupen: no están excluidas necesariamente del modelaje. Pueden trabajar realizando comerciales para televisión y fotografía publicitaria. Es decir, trabajar en lo que se denomina “publicidad”. Tomen una cinta métrica y midan el contorno de su busto, su cadera y su cintura. Si estos contornos se acercan al publicitado trío de 90-60-90 (noventa centímetros de busto y cadera y sesenta centímetros de cintura) se encuentran definitivamente en un buen camino.

Ingresar al modelaje implica, por otra parte, hacerlo mientras sean todavía “jóvenes”, es decir, iniciar su carrera siendo adolescentes. No se olviden que vivimos en una época en la cual la juventud se concibe como un valor positivo. No se tolera el envejecimiento y, sin embargo, éste se produce irremediamente. Si su intención es trabajar durante un tiempo largo como modelos, deberán extremar el cuidado de su cuerpo para que las marcas físicas que trae aparejado el envejecimiento pasen desapercibidas lo más posible. Si esto significa pasar toda la jornada en un gimnasio o, en el más extremo de los casos, recurrir a la cirugía estética, tendrán que hacerlo. De acuerdo a lo que planteé hasta el momento, espero que se hayan dado cuenta de la gran importancia que tienen las medidas para una modelo. De hecho, si observan mi book o, mejor dicho, mi composé –pequeñas tarjetas que funcionan como un currículum resumido– observarán que la información relevante que se encuentra en estas tarjetas acerca de mí consiste en mis imágenes y mis medidas.

Si cumplieron ya con los requisitos físicos que no pueden ser modificados –la estatura y el mencionado trío de medidas–, podría decirse que tienen un pie adentro del modelaje. Atravesado este primer filtro, comienza ahora el trabajoso proceso de cumplir con lo que sí puede ser modificado, el denominado “pulido”. Seguramente caminan “encorvadas”, tienen algunos kilos “de más”, ocasionalmente se sientan en

una silla con las piernas abiertas. Háganse a la idea de que deberán forzosamente cambiar todo lo mencionado. Deben darse cuenta que se encuentran en camino de convertirse en unas “profesionales de la imagen”. A partir de ahora y en lo sucesivo, se dedicarán las veinticuatro horas del día al cuidado de su cuerpo: se teñirán regularmente el cabello, lo tratarán con productos especiales para que no se arruine con el teñido. Se maquillarán procurando ocultar algunos rasgos faciales que no resultan particularmente apreciados: acné, manchas en la piel, ojeras, etcétera. Extirparán el vello de sus cejas con una pinza. Depilarán regularmente el vello de sus piernas, axilas y entrepiernas procurando evitar que reaparezca. Acudirán al gimnasio regularmente no teniendo otra alternativa que comer alimentos “sanos” –frutas, verduras, carnes rojas de tanto en tanto– prescindiendo de las “porquerías” –hidratos de carbono, fritos, etcétera. Me preguntarán cuál es la razón de atenerse a tamaña disciplina: considerense una “percha” en la cual se coloca la prenda que deben desfilan. Su cuerpo es el soporte en el cual se deposita el vestido, un soporte que responde a estatura y contornos. Si trabajan en el ámbito de la “publicidad” hay un mayor espacio para que desarrollen “curvas”, pero eso no evita en absoluto que descuiden el soporte. Bajo ningún concepto, deben permitirse descuidar las magnitudes.

Aprenderán a desfilan erguiendo su torso y su cabeza, lo cual implicará lógicamente que dejen definitivamente de caminar “encorvadas”. La mayor parte de las veces deberán exhibir diferentes tipos de prendas: trajes de noche, vestidos de novia, jeans, ropa de baño o interior, etc. El peso de su cuerpo reposará en unos diminutos tacos, por lo cual deben procurar no perder el equilibrio. Según el diseñador que las contrate, podrán sonreír o deberán desplazarse serias. Su día se dividirá en dos clases de tiempos que son igualmente necesarios. En el tiempo rentado asistirán a desfiles, pruebas de ropa o sesiones de fotos. En el otro tiempo –el no pago– se dedicarán al “pulido”. En definitiva, nunca dejarán de vigilar su cuerpo, de vigilarse, es un trabajo que nunca finaliza.

¿Recuerdan a Eliza Doolittle, la protagonista de “Pigmalión”, la obra de teatro de George Bernard Shaw? ¿Recuerdan el proceso de transformación que experimentó en manos de Mister Higgins para convertirse en una dama de sociedad? Somos pues unas “Elizas” de la época actual. Como ella, atravesamos nuestro proceso de transformación. Si vuelven a releer la obra, deténganse por favor en la parte en la cual Miss Pearce –el ama de llaves de Mister Higgins– quema la ropa que usaba Eliza cuando vendía flores en la calle. Este acto, cuyo fin es evitar que Eliza sienta la tentación de volver a utilizar esas prendas, se complementa con el baño que toma para convertirse en una “dama”. Nuestro pasado también es “incinerado”: ese andar “encorvado”, esa manera “poco femenina” de sentarnos con las piernas abiertas, la falta de atención que otorgábamos al cuidado del cuerpo. Instituciones tales como la escuela o la agencia a la cual asistimos se ocupan –del mismo modo que lo hacía el mencionado señor inglés– de llevar a cabo este cambio de estado, esta transición. Atravesamos pues una incineración y un baño cuyo resultado final es nuestra conversión en modelos. No se trata de una transformación que atañe al modo en el cual desfilemos o posamos para una cámara. No se “pulen” nuestras medidas sino toda nuestra manera de comportarse. Aprendemos a adherir a un ideal de persona que responde a su vez a un cierto gusto determinado socialmente. Si asisten a una escuela, como en mi caso, recibirán por ejemplo clases de ceremonial y protocolo en las cuales les enseñarán reglas de etiqueta para “comportarse” en eventos sociales: reglas para comer, vestirse para una cena formal o una entrevista de trabajo e inclusive saludar.

Tal como sucedió en mi propio cambio de estado, fui advirtiendo progresivamente que el “pulido” supone también incorporar determinados criterios de “profesionalidad”. Progresivamente fui percibiendo una insistencia colectiva en que sea “profesional”; insistencia que principalmente tiene que ver con el cuerpo. Es que desde mi primer día como modelo comprendí la condición de “empresa” que mi cuerpo adquiere. Soy una “empresaria” de este, al cual cuido como un objeto precioso. Se nos señala todo el tiempo que este cuidado es responsabilidad sólo nuestra, que supone “matarnos” para ser “la número uno” en el modelaje. Si nos descuidamos un instante en el cuidado de la “empresa” es porque no nos “matamos” lo suficiente, en virtud probablemente de nuestra “vagancia”. En suma, todo depende del esfuerzo que pongamos en la autogestión de nuestra herramienta de trabajo. Con ella exhibimos las prendas del diseñador que nos contrata para mostrarlas a los demás en un desfile. Con ella procuramos vender un producto para el cabello, una gaseosa, etcétera. A esto me refería anteriormente cuando les hablaba de los dos tiempos: el pago y el no pago. En este último mantenemos la “empresa” que contribuye a la existencia del tiempo rentado; el cual a su vez sustenta esas actividades de mantenimiento.

Nunca dejaron, a lo largo de todos estos años, de insistirme lo suficiente con la puntualidad. Resulta que no somos las únicas que trabajamos en el modelaje. Por el contrario, somos una pieza más dentro de una totalidad de profesionales que participan dentro del universo de la moda. Si llegamos tarde perjudicamos a los demás: maquilladores, peinadores, fotógrafos, estilistas, etcétera. Ustedes me señalarán con justa razón que la puntualidad es un rasgo que se encuentra generalizado en la sociedad actual. Es cierto y se debe

probablemente al hecho de que el tiempo se concibe como una mercancía en esta sociedad. Se trata de una mercancía dividida en unidades de sesenta minutos que se destinan a diversas actividades: de producción y de ocio. Tal como sucede con los tiempos que mencioné, estas dos actividades también resultan funcionales y complementarias entre sí.

Una vez iniciado un trabajo, les recomiendo que pregunten lo menos posible lo que deben hacer. De hecho, se espera que ustedes interpreten –utilizando su propio discernimiento– las pautas que les plantea el fotógrafo o el cliente. Así como resulta conveniente no preguntar constantemente lo que deben hacer, tampoco resulta particularmente apreciado expresar pudor o vergüenza al momento de exhibir el cuerpo. Tal como planteó acertadamente Naomi Wolf, el modelaje forma parte de un conjunto amplio de profesiones denominadas “profesiones de exhibición”. Puesto que nos encontramos dentro de este conjunto, resultaría un aparente contrasentido que manifestemos algún tipo de reparo en instancias en las cuales exhibimos la “empresa”. Pero es lo que sucede en realidad. A diferencia de lo que pensarían las personas, he experimentado en diferentes ocasiones grados variables de pudor. Lo que ocurre es que en el modelaje, dado que debe mostrarse indefectiblemente el cuerpo, se aprende a moderar la vergüenza. Por otra parte, existe un relativo espacio para negociar con el cliente las partes que serán exhibidas y las que no. Esto significa que puede imponerse y advertir que no se vestirá una transparencia, una remera mojada o, inclusive, que no se saldrá desnuda en la tapa de una revista.

¿Porqué se produce esta negociación? Porque no estamos ni nos exhibimos solas. Exponiéndonos, lo hacen nuestros padres, nuestra pareja, nuestros hijos. Son ellos los que forman nuestro entorno: implican un compromiso, pero al mismo tiempo se constituyen como un marco de protección para nosotras. No se olviden que, en la mayor parte de las ocasiones, comenzaremos a trabajar desde muy jóvenes. Es este entorno el que nos va a cuidar en las primeras etapas y lo cuidaremos consiguientemente nosotras. Vuelvo a repetirlo: no se pone en juego únicamente nuestra vergüenza sino una vergüenza colectiva y esta se expresa en cada centímetro mostrado. Contrariamente a lo que se piensa acerca de nosotras, nos interesa ascender en la profesión pero no de cualquier manera sino “legítimamente”. Así como se cuidan los centímetros que se muestran, interesa ser conocidas por nuestras capacidades y no por haber tenido que salir con alguien para obtener un trabajo. Estoy hablando de una distinción entre modos “legítimos” e “ilegítimos” de progresar profesionalmente. Estoy hablando de nuestra reputación o, yendo inclusive más allá, estoy hablando de nuestro “honor”.

Nuestro trabajo consiste en vender objetos y esto se produce principalmente a través de dos maneras: en un desfile o frente a la cámara de un fotógrafo. En la primera, se camina lentamente a lo largo de una pasarela vistiendo diferentes tipos de indumentaria mirando al público para que este aprecie y posteriormente adquiera la prenda que se exhibe. Respecto a la segunda instancia, es necesario desarrollar frente a la cámara una determinada “actitud”, lo cual implica aprender a transmitir, a comunicar sensaciones asociadas al objeto que se venderá. Sucede que este trabajo radica básicamente en “llamar la atención”, en provocar el deseo en un otro para que este se sienta seducido a tal punto que su objetivo consista en obtener lo que estoy vendiendo u obtenerme a mí.

Olvidé mencionarles una cuestión tan importante como lo es el “casting”. Es la instancia en la cual un cliente nos selecciona, nos distingue de una determinada cantidad de modelos para realizar un trabajo. Dada la importancia que tiene la capacidad para transmitir sensaciones, debemos tener en cuenta que aquella varía de acuerdo a lo que debemos vender. Por lo tanto, aún en el caso de que hayamos adquirido una determinada fama o reconocimiento; es una situación bastante posible no ser elegida, en tanto y en cuanto nuestra capacidad no sea la requerida en dicha instancia. Siendo una “profesional de la exhibición”, resulta perentorio atraer la atención del cliente o del público para que este fije su mirada en nosotras. Consiguientemente, es necesario tener “algo especial”, desarrollar un “estilo distintivo” que nos distinga forzosamente de la multitud de modelos que trabajan actualmente.

Puesto que trabajar como modelo supone transmitir sensaciones, es preciso por lo tanto desarrollar dotes “actorales”. Del mismo modo que ocurre con una actriz, representamos diferentes “personajes”. En cada sesión de fotos a la cual asistimos, nos encontramos con un fotógrafo que guía nuestra interpretación de diferentes “tipos” de mujeres. Algunos han planteado que las representaciones sociales sobre la mujer se han modificado; es decir, que los dos grandes estereotipos femeninos –la pureza y la lujuria, ángel y demonio, la virgen y la mujer fatal– han desaparecido o perdido gran parte de su preeminencia. Permitanme contradecir esta tesis: en el modelaje estos ideales femeninos se encuentran vigentes. De hecho, como modelos los representamos permanentemente. Existe un personaje que se interpreta especialmente –la mujer “sexy”– y que resulta central puesto que en torno a él se constituyen otros personajes.

En ocasiones, el papel de la mujer “sexy” se contrapone a otros papeles. Esto sucede cuando se nos pide interpretar la imagen de una “nena”. En asociación a esta imagen, procuramos transmitir “inocencia” o

“bondad”. En este caso, se hace presente la idea de la niñez entendida como un periodo de inocencia y bondad alejado de la culpa o la maldad. En otras ocasiones, se nos pide personificar una mujer “sexy” aclarándonos que, bajo ningún concepto, debemos ser “vulgares”. Como he venido señalando hasta ahora, el trabajo de modelo supone exhibirnos utilizando el cuerpo para ello. Recordarán, asimismo, la preocupación y el cuidado invertidos en el modo en el cual esta exhibición se lleva a cabo. Se trata por consiguiente del mismo cuidado y esmero que pone el fotógrafo en transmitir el tipo de mujer que se necesita para el trabajo en cuestión. De acuerdo a estos requerimientos, el fotógrafo nos guiará en nuestra interpretación indicándonos cuando estamos seduciendo o “llamando la atención” de una manera poco “femenina”. La distinción entre “sexy” y “vulgar” está asociada a la distinción entre “insinuar” y “mostrar”. Estos dos verbos tienen que ver con seducir, con atraer a un otro pero de diferentes maneras. Al “insinuar” atraigo a un otro a través de la elegancia y la sofisticación. Al “mostrarme” atraigo al otro a través de una alusión más próxima a lo sexual. Para entender esto, pensemos en la diferencia que existe entre el erotismo y la pornografía. El primero se encuentra vinculado a lo “sexy” y se transmite “insinuando” el cuerpo. Resulta exactamente lo contrario de hacer pornografía, de exhibirse sin seducir, sin mantener una reserva –aunque sea mínima– de pudor, de coquetería. El problema no radica en ser objeto de deseo de un otro, sino en constituirse como ese objeto reproduciendo lo que sucede en una práctica marginal como lo es la pornografía. Lo mismo sucede cuando se nos indica que seamos “sexy” pero no “gatos”. Se trata de otra práctica que recibe el rechazo generalizado por parte de nuestra sociedad. En definitiva, todas estas distinciones que he venido señalando hacen referencia al modo en el cual concebimos nuestra profesión y la legitimamos frente a otros. Para algunos, se trata de una mera exhibición que no admite mayores distinciones y, menos que menos, distinciones tan sutiles. Para quienes trabajamos dentro del modelaje, estas distinciones entre “mujeres”, “papeles” e “interpretaciones” hablan de nuestra profesión. Más importante, hablan de lo que no es nuestra profesión, de lo que no debe ser: no radica en una exhibición “vulgar”, en pornografía o prostitución sino en una exhibición de elegancia y sofisticación.

Comentarios Finales

Comencé este escrito haciendo referencia a la fascinación y el rechazo que la modelo y el modelaje producen. Finalizado el trabajo de investigación, me dí cuenta de que había conocido un mundo complejo y fascinante –nada “tonto” por cierto. Contadas veces me pregunté porque la sola mención de una modelo provoca reacciones tan viscerales. Asimismo, me pregunté porque me encontraba como antropóloga relativamente sola en la elección de esta temática de investigación. Espero, de hecho, con ansias más colegas –antropólogos, sociólogos– deseosos de insertarse en estas temáticas, con los cuales sea posible dialogar y discutir.

El camino que emprendí para responder estos interrogantes comenzó haciendo referencia al cuerpo. Como se habrá observado a lo largo de este escrito, resulta un hecho indiscutible que la modelo trabaja utilizando su cuerpo, contando con él como su principal herramienta. Con base en el pensamiento cartesiano, el cuerpo es concebido como sede de “las emociones”, frente a la mente como sede de “la razón”. Una persona, cuyo trabajo radica en lo corporal, se encuentra por lo tanto más cerca de las pasiones y lejos de lo racional. Junto con la modelo, hallamos bailarines, deportistas y otros actores sociales que emplean el cuerpo en su profesión, alejados consecuentemente de la esfera de lo intelectual. Resulta un hecho destacable, no obstante, que es la modelo a quien se le otorga con mayor insistencia la etiqueta de “estupidez”, quien se aleja más de la esfera de la mente. Tal vez esto explique la sorpresa que genere un o una modelo que manifieste inclinaciones “intelectuales”. No respondo más a las preguntas acerca de si las modelos son tontas. Me resultan agotadoras puesto que en la mayoría de los casos se trata de preguntas que ya se contestaron hace un tiempo atrás. Es posiblemente, en virtud de la fuerza de este interrogante autocontestado de manera colectiva, que algunas modelos a las cuales entrevisté formulaban lo siguiente: “vos pensarás que somos todas tontas, ¿no?”. Como investigadora, nunca me interesó así como tampoco me interesa actualmente llevar a cabo una medición de su nivel de “estupiditis”. Me interesa en todo caso analizar más bien cómo se ha constituido socialmente este nivel.

Una respuesta acerca de la asignación de este nivel es el hecho de que el modelaje forma parte del mundo de la moda y este mundo ha sido constantemente subvaluado como objeto de conocimiento en función de su carácter “efímero” y “arbitrario”. Con frecuencia, he observado en literatura acerca de la moda cómo los autores cuyo propósito es analizarla, tropiezan indefectiblemente con dicho carácter. Su reacción siguiente es adherir a esta idea o discutirla. Tal vez una manera posible de emprender una investigación sobre la moda sea superar de una vez estos estereotipos. Dado que esta opción es difícil de llevar a cabo en

virtud de lo arraigados que se encuentran esos estereotipos; la otra opción consiste en concebirlos como variables a tener en cuenta inevitablemente en el trabajo de campo. En todo caso y a modo de confesión, señalaré que resulta una tarea agotadora para el investigador demostrarle a un otro –real o imaginario– que el objeto de estudio que uno ha elegido no es “tonto” o “frívolo” y dar cuenta de las razones por las cuales merece ser estudiado. En este sentido, fue extenuante para mí responder el inevitable interrogante autocontestado. No obstante, no pude nunca evitarlo por encontrarse “encarnado” en el modelaje. Ausente este interrogante, me encuentro con otro objeto a ser abordado.

Más allá de la fascinación y el rechazo se encuentra un mundo en el cual el cuerpo es “la herramienta”. Se trabaja, se la exhibe y se habla de ella constantemente para describir a los demás los rasgos que caracterizan la profesión y que diferencian el ser modelo de otras prácticas como la pornografía y la prostitución. Los discursos acerca del cuerpo en el modelaje son, en realidad, discursos y prácticas acerca de la sociedad actual. El cuidado y la vigilancia que se le otorga al cuerpo dentro del modelaje es una muestra exacerbada de lo que ocurre en mayor o menor medida en la sociedad en su conjunto, en la cual el cuerpo se ha convertido en un objeto que debe ser cuidado y conservado. Podemos finalizar este escrito, en el caso de que aún persista la idea arraigada de la “estupiditis” de la modelo, con la siguiente proposición: todos somos en grados variables más o menos “estúpidos” si por esta cualidad hacemos referencia a la significativa importancia actual del cuerpo.